

Cuando los sindicatos no tienen “nada que ver”.

Ronald Balza Guanipa¹

(16.06.10)

Hay sindicalistas que hoy se sorprenden del trato recibido por Hugo Chávez, de quien por declararse socialista esperaban algo distinto. No había razón para sorpresas desde septiembre de 2007, cuando la Misión Vuelvan Caras pasó a llamarse Che Guevara. Como hizo Chávez en varias ocasiones, al conmemorar el 82 aniversario del nacimiento del Che (14 de junio de 2010) la Asamblea Nacional nos recomendó “acercarnos y reflexionar sobre sus ideas para comprender la esencia del socialismo”: formular “la necesidad de formación de un hombre nuevo derivado de la idea del trabajo voluntario” y desarrollar “la teoría y la práctica de una ética marxista de la liberación y el antiimperialismo”.

En los escritos del Che no encontrará esperanzas un sindicalista. Carlos Tablada, en investigación premiada en 1987 en Cuba, cita al Che definiendo al salario como “un viejo mal” resultante del triunfo del capitalismo sobre el feudalismo, que sobrevive durante la etapa socialista hasta que “se agota ... cuando el dinero cesa de circular, cuando se llegue a la etapa ideal, el comunismo”. Sólo hasta entonces habría “que dar a cada cual según su trabajo, no a cada cual según su necesidad”. Dado que el propósito de la revolución era “hacer del trabajo una necesidad moral, una necesidad interna” cuya satisfacción “voluntaria” fuese un “deber social”, el Che sólo aceptaba utilizar los salarios como estímulos materiales durante la construcción del socialismo: no pudiendo suprimirlos burocráticamente, el sistema propendería a su extinción. Cuando eso se lograra, las masas deberían movilizarse estimuladas por la “emulación socialista”, suerte de “competencia fraternal [destinada a] aumentar la producción y ... profundizar la conciencia”.

Los salarios debían utilizarse temporalmente para estimular la capacitación, el sobrecumplimiento de las normas y la realización de trabajos peligrosos dentro de cada nivel de calificación. El Che propuso una escala con 8 calificaciones, cada una con un porcentaje adicional por peligrosidad y sobrecumplimiento (que no superase el salario básico correspondiente a la calificación inmediata superior). Por supuesto, había que decidir qué hacer con quienes tenían salarios superiores a los previstos. Debido al subdesarrollo, el Che creía que “la escala justa” en la Cuba de entonces era “relativamente baja”, aunque en la “época capitalista” las empresas norteamericanas habían pagado en Cuba tasas “desconocidas por su generosidad” y en los primeros años de la revolución los sindicatos habían logrado incrementos salariales de “burgueses” temerosos. Bajar los salarios sería “impopular”, y sería “cosa lógica y de elemental política ... no bajar el salario a nadie”. Sin embargo, se preguntaba, “el nuevo que entre ¿por qué va a entrar recibiendo los beneficios de

¹ Parcialmente publicado el viernes 18 de Junio de 2010 en *Tal Cual* con el título “Sindicatos a un lado”..

una vieja lucha sindical que hoy no tiene nada que ver?”. Los viejos tampoco verían mejorar sus condiciones: dividido su ingreso en salario básico y “plus” (que les reconocería la revolución por sus triunfos contra el capitalismo) todo aumento en el básico por mejorar su calificación sería descontado del “plus”, dejándoles igual.

Para el Che el sindicalismo “no tiene nada que ver”, porque el salario ya no sería como “en la época capitalista” un “producto de la venta de la fuerza de trabajo ... influido por la lucha de clases”. Para Giordani parece que tampoco, puesto que en su peculiar estilo ha escrito (en su libro de 2009 sobre la transición que planifica) que el socialismo es “una esperanza ... para los que menos tienen, o para los que sólo tienen que perder como es la libertad de ser una fuerza de trabajo que no pasa de considerarla el sistema [capitalista] vigente más allá de ser una mera mercancía” (sic).